

En tiempo normal, las diversas formas de lógicas que nos guían—racional, afectiva, mística y colectiva—se equilibran más o menos. En tiempos de subversión, entran en conflicto y el hombre cambia de personalidad.

* * *

No hemos desconocido en manera alguna, en esta obra, la importancia de ciertas adquisiciones de la Revolución con respecto al derecho de los pueblos. Pero, lo mismo que muchos historiadores, hemos debido admitir que la ganancia recogida al precio de tantas ruinas habría sido obtenida más tarde, sin esfuerzo, por la simple marcha de la civilización. Por un poco de tiempo ganado ¡qué de desastres materiales acumulados! ¡qué desagregación moral de que sufrimos aún! Esas brutales secciones en la cadena de la historia no se reparan sino muy lentamente.

La juventud actual parece preferir la acción al pensamiento. Desdeñando las estériles disertaciones de los filósofos, halla desprovistas de interés las especulaciones vanas sobre cosas cuya esencia permanece desconocida.

La acción es ciertamente recomendable y de ella derivan todos los grandes progresos, pero no es útil sino después de haber sido convenientemente orientada. Los personajes de la Revolución eran seguramente hombres de acción, y sin embargo las ilusiones que adoptaron por guías los condujeron al desastre.

La acción es siempre nociva cuando, despreciando las realidades, pretende cambiar violentamente el curso de las cosas.

Aunque la experiencia de la Revolución haya sido categórica, muchos espíritus, alucinados por sus ensueños, desean volverla a comenzar.

El socialismo, síntesis actual de esta aspiración, sería una regresión hacia formas de evolución inferiores, porque paralizaría los resortes principales de nuestra actividad. SUSTITUYENDO A LA INICIATIVA Y A LA RESPONSABILIDAD INDIVIDUALES LA

INICIATIVA Y LA RESPONSABILIDAD COLECTIVAS, SE HACE DESCENDER AL HOMBRE MUY ABAJO EN LA ESCALA DE LOS VALORES HUMANOS.

A esta última conclusión de Le Bon habíamos llegado ya muchos otros, hace muchos años. Casi con idénticas palabras la hemos expresado varias veces al tratar de los más importantes problemas concernientes a la enseñanza.

El centenario de Dickens.—Los periódicos ingleses declaran que las fiestas del centenario del nacimiento de Dickens aventajan en esplendor a las celebradas hace cuatro años con motivo del 3er. centenario de la muerte de Shakespeare, tan complejo es el problema de la popularidad. Dickens parece ganar, a este respecto, a todos los otros escritores ingleses, según los plebiscitos organizados por diferentes bibliotecarios. Ya ha tomado el lugar de Thackeray (que ocupaba el 3º) y el de Scott (que ocupaba el 2º). ¿Irán también á desbancar a Shakespeare?

Los letrados reconocen la popularidad de Dickens, pero manifiestan algunas reservas acerca de su obra. Leamos sin embargo a Filson Young (*Saturday Review*): «No podemos decir de las páginas de Dickens lo que decimos de las de otros escritores célebres, que el día en que las descubrimos vivirá eternamente en nuestra memoria. No, esas páginas forman parte, hasta cierto punto, de nuestra infancia, de nuestra juventud, y no hay tal vez un inglés de la actual generación que pueda suponer que haya habido un día en que le fueran desconocidas. El mundo de *Pickwick* y de David Copperfield nos es tan familiar y natural como los jardines y la verdura, los grandes y viejos caminos, el mar, etc.»

Dickens, el maestro del *humour*, el enemigo declarado de la hipocresía y del egoísmo, no se entretiene en pintar sutilezas de carácter. Él no retrata sino las grandes emociones. Sus personajes son de teatro, enteramente buenos o enteramente malos.

Carlyle reconoció desde el principio